

FELIPE BECERRA

**MANON
Y LOS CONEJOS
HACEDORES DE
PAPEL**



FELIPE BECERRA nació en Valdivia en 1985. Recibió en 2006 el premio Roberto Bolaño de Literatura Joven del Consejo de la Cultura de Chile, categorías Cuento y Novela. Desde 2009 forma parte de La Faunita, manada con que publica la revista *Dévora* e imprime sus propios ejemplares de poesía. En 2012 fue invitado al Festival América 2012 en Vincennes, Francia.

En 2008 publicó en Lima *Bagual*, su primera novela, que traducida como *Chiens féroces* se publicó en París durante 2011 y en Chile por Sangría durante 2014. Algunos capítulos de esta obra se publicaron en inglés en la revista *The Radgeworks* (Edimburgo, 2010). En poesía ha publicado *Pandillas 2473* (Santiago, 2010), *La Bioteca seguido de Africa Celeste* (Santiago, 2010) y fue incluido en *Réplica. Poesía chilena contemporánea (1970-1985)* (Guatemala, 2012). Actualmente escribe *Ñache*, su segunda novela, y la nouvelle *Paillico Boys*, ambas de pronta aparición en Sangría.

INSTANTÁNEA RELACIÓN, I

© Felipe Becerra
ISBN: 978-956-8681-39-5

© Derechos para esta edición
2014, Sangría Editora, Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes,
Santiago de Chile; www.sangriaeditora.com, sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Martín Centeno, Carlos Labbé y Mónica Ríos.
Diagramó el libro Carlos Labbé.

Edición digital de septiembre de 2014.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

A Manon Harrois

Nos dijeron que siguiéramos el reguero de leche. Entre las sombras de los edificios un hilillo líquido espejeaba la luz de una luna plateada. Uno de nosotros –no sabemos quién– pensó que ese reguero semejaba la sedosa baba de los caracoles en las noches de equinoccio. Otro –tal vez yo mismo– vio en ese arroyuelo las ondulaciones de una larga lombriz de mercurio. Y como si fuésemos enmadejando la extensión de esa lombriz o de esas babas, nos dimos a seguir por las estrechas y mojadas callejuelas de la ciudad el resplandor de sus meandros argentinos. Nos habían dicho que siguiéramos el reguero de leche. Así lo hicimos: confiábamos en que esa vía láctea nos conduciría al primer cómplice de nuestra conjuración.

Como un grisáceo choclo sólo a medias desgranado, los adoquines de los callejones abrían paso a la leche que se apozaba aquí y allá para enseguida retomar su curso serpentino. Anduvimos así una media hora entre las moles vacías, en silencio, jugando a adivinar algún murmullo que brotara desde los escombros. De pronto,

tras doblar la esquina de un edificio de ladrillos rojos, descubrimos el origen del reguero. Como una aterrizada y escuálida catarata, la leche descendía lentamente los peldaños metálicos de una escalera de seguridad cuyo zigzag se adosaba al edificio. Allá arriba, en lo alto del último de siete pisos, la leche parecía reptar bajo una puerta cerrada.

Subimos los peldaños. Nuestros bototos chapoteaban en esas cascadas blancas mientras la luna, tanto como la leche, se chorreaba sobre los hierros oxidados de la escalera. Alguien abrió la puerta, los goznes rechinaron.

Entramos en un amplio salón. Largas alfombras de diseños simétricos se extendían entre las columnas, sobre almohadones y divanes una ancha cenefa de cerámicas ornamentaba las paredes de un ya descascarado carmesí. Los capiteles de las columnas dividían el techo en doce rectángulos donde, iluminados por exuberantes candelabros, mosaicos de teselas diminutas rebosaban de color. A cada lado de la gran alfombra que se desplegaba sobre el corredor central, entre ambas hileras de columnas, se alineaban en dos largas filas incontables conejos blancos. Casi tan altos como nosotros, sujetaban en sus patas ánforas de porcelana. No habíamos aún entrado en el salón cuando todos ellos habían ya volteado su cabeza. Éramos, de súbito, la presa de centenas de ojos rojos.

Antes de atrevernos a cruzar ese pasillo de conejos, divisamos al otro extremo de la gran alfombra una enorme bañera blanca con patas de oro. De ella rebalsaban discontinuos los excesos de leche. Sabíamos que en esa bañera se hallaba quien habíamos venido a buscar. Nos invitaron a sacarnos los bototos. Nuestros pies chapoteaban ahora sobre las alfombras empapadas de leche. Veíamos a esos enormes conejos susurrar en la oreja de su compañero para luego ahogar las erupciones de la risa, otros nos lanzaban miradas de escrutinio o bostezaban en indiferencias desdeñosas, vulgares, soporíferas. ¿Burlábanse de la forma de nuestros pies, de nuestros trajes ajados?

Nos detuvimos a unos pasos de la bañera. Parejas de conejos, uno de cada fila, se acercaban a intervalos para vaciar en ella la leche de sus ánforas. De la pared detrás de la bañera colgaba un tapiz donde se había bordado un león que transportaba conejos sobre su lomo. La pareja de animales interrumpió de pronto su faena y cada uno de prisa regresó a sus filas. Lentamente un bulto comenzó a emerger de la bañera. La leche se chorreaba sobre un pelaje azul. Era un león. Su melena remojada le ocultaba de momento las fauces. Pero se sacudió y todos fuimos bañados por esa lluvia blanca. Sólo entonces pudimos ver su rostro: era el de un conejo.

Al menos, era el de un conejo a medias. Su ya seca melena ardía ahora como una zarza azul sobre la leche.

Conservaba además de los felinos los ojos algo rasgados, aunque sus enormes pupilas fueran rojas como soles japoneses. En un comienzo replegadas, entre su melena esponjosa se empinaban ahora dos rozagantes orejas de liebre. La nariz, si bien indistinguible, se respingaba claramente a la manera de un conejo. Cuando el león rugió, escurriendo en un segundo las gotas de nuestras caras, en vez de colmillos admiramos en su boca dientes de paleta. Luego se dio a relamer la leche de sus pieles ambarinas.

—Suelo darme un baño hacia el final de la jornada —nos dijo.

Y de un brinco salió de la bañera. Era más bien pequeño. Sus patas traseras, sin embargo, se veían largas y fuertes, similares a las de un gran canguro, y apoyándose en ellas se fue dando brincos hacia una habitación contigua. Los conejos quedaron atrás, cuchicheando a nuestras espaldas.

Altas estanterías cubrían todas las paredes, cada anaquel atiborrado de idénticos cuadernos. Miles de hojas de distintos tamaños con bosquejos y dibujos a medio terminar se repartían por el suelo. El león-conejo extendió una de sus patas y sacó de un anaquel, se diría que al azar, uno entre el sinfín de cuadernos negros. Antes de alcanzárnoslo, se puso a hojearlo con delicadeza. (En ese momento —¡no pregunten quién!— uno de nosotros

pensó que ese león mitad conejo se asemejaba en algo a su amigo de cerámicas cascadas. Extrajo el bibelot de su bolsillo y comparó: no se parecía en nada).

Mientras nos amontonábamos para apreciar el contenido de la libreta, el león-conejo nos dijo que su nombre era Manon. Había nacido y crecido en los lejanos desiertos del África Celeste y, como el resto de los animales, había llegado sólo tras el Gran Tsunami a la ciudad. El edificio de ladrillos rojos era por ahora su morada. Vivía allí con más de cien conejos, nos dijo, todos estupendos hacedores de papel.

Desde su arribo a Renueva Extremadura, continuó, jamás se había separado de sus cuadernos. Dibujaba día a día en ellos como en un diario de vida sin palabras, y al cabo de una semana por lo general debía recomenzar uno nuevo. Cuando aún era un cachorro su viudo padre, una liebre exploradora que mucho sabía de viajes pero nada de paternidad, le había protegido la cabeza con un turbante azul que junto a la insidia del sol africano le tiñó paulatinamente –y para toda la vida– la melena del color de su tejido. Por eso, nos dijo, había elegido el mismo pigmento azul para dibujar sin tregua sobre esos millones de páginas blancas.

A veces en ellas muñecos semejantes a cruces de malvasisco se reproducían escalonadamente sobre un fondo azul. Dentadura de algodón –¿o de dragón?–, ris-

tra de huesitos en alhajas, aunque invisibles de seguro africanas, la seriada yuxtaposición de los muñecos generaba en nosotros, por momentos, la impresión de un compañerismo que sólo era posible bajo el amparo de una vida eléctrica. Mecanismos blancos, sofisticadísimos, aglomeraban sus engranajes alrededor de los muñecos en ciclos de un desborde meticuloso, diríase exquisito. Páginas vimos en que los muñecos se enmallaban para apretujar sobre el papel las vibraciones de una música crujiente, algo así como expansivas telarañas de chirrido. Parte de nosotros –¿pero quiénes?– pensó a ratos en insectos. Bichos de marfil cuyo encadenamiento daba a luz mosaicos palpitantes: sus microscópicos hocicos al enmarañarse urdían un tatami vibratorio. Otros cachamos más bien junglas en miniatura entretejidas con lianas tirantes, como cuerdas que pulsaran marionetas invisibles o tal vez fuera de foco, y es seguro que más de alguno vio, en flashazos sucedáneos, teclas que se desmoronaban como tintineos cristalinos, lámparas chorreando el polen de los minúsculos, ubicuos muñecos blancos, raíces flotantes, mapas estelares, esqueletos prestos a desmigajarse y el retorcimiento de múltiples hélices carnavalescas.

Fuimos dos –tú y yo tal vez– los que tuvimos la impresión de distinguir las planificaciones de alcázares vivientes que a sazón, quién sabe por qué, asociamos a la idea del perpetuo movimiento. ¿Qué era, finalmen-

te, lo que dibujaba día a día esa liebre felina? ¿Eran de verdad palacios nómades, orugas habitables condenadas al erizamiento y el escalofrío? ¿Acaso esas arquitecturas, tan semejantes a entrañas de piano, reemplazaban a las letras en su diario de vida?

Alcanzándonos uno tras otro los cuadernos que hojeábamos con fascinación, Manon quiso contarnos que todos los años durante una semana de abril tanto él como las liebres y conejos ponían huevos que en su interior no cobijaban cachorros, gazapos ni pollos, sino una leche densa como miel. De acuerdo a milenarios know-how los obreros pasaban ese líquido varias veces por anjeos enormes, secaban luego al calor de una caldera aquella pasta refinada en moldes del tamaño de una página. Nos contaba sobre sus envíos de cuadernos postales hacia todas las regiones del mundo, en especial hacia el África Celeste, donde aún tenía caras amistades y un tuareg amante cuyo rostro, a su pesar, se diluía poco a poco en su memoria, cuando uno entre nosotros –de seguro el más valiente– se atrevió a de sopetón interrumpirle su relato con esa pregunta que, sin romper el voto de silencio y a lo largo de una noche entera, habríamos de formular a ese león mitad conejo y a otros tantos potenciales cómplices de nuestro complot.

Ya abajo, mientras nos inyectábamos de nuevo, mientras allá arriba, entre nubes y luciérnagas la luna,

imitando nuestros rostros, se retorció en una mueca de payaso, mientras corríamos por los callejones y el eco de nuestras zancadas borbolloneaba desde las carcacas huecas de los edificios, podíamos oír aún en nuestra mente, como el zumbido de un enjambre imaginario y tal vez halagüeño, la respuesta que no sin sonreír nos susurró Manon:

S s
 s s s
 s S s
 s
 s S s s
 s S s
 s
 s s s Sssssssssssssssssssí



PUBLICACIONES EN CHILE

Narrativas contemporáneas

1. *El arca (bestiario y ficciones de treinta y un narradores hispanoamericanos)*, compilación de Cecilia Eudave y Salvador Luis
2. *Los perplejos*, Cynthia Rimsky
3. *Segundos*, Mónica Ríos
4. *Caracteres blancos*, Carlos Labbé
5. *Carne y jacintos*, Antonio Gil
6. *La risa del payaso*, Luis Valenzuela Prado
7. *El hacedor de camas*, Alejandra Moffat
8. *Oceana*, Maori Pérez
9. *Retrato del diablo*, Antonio Gil
10. *Niños extremistas*, Gonzalo Ortiz Peña
11. *Apache*, Antonio Gil

EN PREPARACIÓN

12. *La misma nota, forever*, Iván Monalisa Ojeda
13. *Alias el Rucio*, Mónica Ríos
14. *La parvía*, Carlos Labbé
15. *Nache*, Felipe Becerra

Intervenciones

1. *Cuál es nuestro idioma*, varios autores
2. *Descampado. Sobre las contiendas universitarias*, Raúl Rodríguez Freire y Andrés Maximiliano Tello, editores
3. *Constitución Política Chilena de 1973*, propuesta del gobierno de la Unidad Popular

Monumentos frágiles

1. *La Cañadilla de Santiago. Su historia y tradiciones. 1541–1887*, Justo Abel Rosales.
Edición de Ariadna Biotti, Bernardita Eltit y Javiera Ruiz

Reserva de narrativa chilena

1. *El rincón de los niños*, Cristián Huneeus
 2. *Carta a Roque Dalton*, Isidora Aguirre
 3. *La sombra del humo en el espejo*, Augusto d'Halmar
 4. *Tres pasos en la oscuridad*, Antonio Gil
 5. *El verano del ganadero*, Cristián Huneeus
 6. *Poste restante*, Cynthia Rimsky [fuera de circulación]
 7. *Una escalera contra la pared*, Cristián Huneeus
 8. *Trilogía normalista*, Carlos Sepúlveda Leyton
 9. *Bagual*, Felipe Becerra
- EN PREPARACIÓN
10. *Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas*, Jorge Millas
 11. *Pasión y muerte del cura Deusto*, Augusto d'Halmar
 12. *Singulares misericordias*, Úrsula Suárez
 13. *Libro de plumas*, Carlos Labbé

Relaciones instantáneas

1. *Manon y los conejos hacedores de papel*, Felipe Becerra
2. *Cabo frío*, Antonio Gil

Texto en acción

1. *El cielo, la tierra y la lluvia*, José Luis Torres Leiva
2. *Johnny Deep (Juanito Profundo) y la vagina de Laura Ingalls*, Alejandro Moreno Jashés
3. *Chile, logo y maquinaria*, Andrés Kalawski
4. *La amante fascista*, Alejandro Moreno Jashés
5. *Berlín no es tuyo*, Alejandro Moreno Jashés
6. *Loros negros*, Alejandro Moreno Jashés
7. *Chueca | Partir y renunciar*, Amelia Bande
8. *Art Cards | Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
9. *Los clásicos*, Andrés Kalawski

EN PREPARACIÓN

10. *Gastos de representación*, Alejandro Moreno Jashés
11. *Into Onto*, Annette Knol & Amelia Bande
12. *El trabajador de las verdades*, Alejandro Moreno Jashés

Ensayo

1. *Las novelas de la oligarquía chilena*, Grínor Rojo
2. *El arte agotado*, Sergio Rojas
3. *Catástrofe y trascendencia en la narrativa de Diamela Eltit*, Sergio Rojas
4. *Lo que vibra por las superficies*, Guadalupe Santa Cruz
5. *Las novelas de aprendizaje chilenas*, Grínor Rojo

UNITED STATES PUBLICATIONS

Legibilities

1. *Art Cards / Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
2. *El libro de la letra A / The Book of the Letter A*, Ángel Lozada
3. *La misma nota, forever*, Iván Monalisa Ojeda
FORTHCOMING
4. *La han despedido de nuevo / She was fired again*,
Claudia Hernández

Radicalities

1. *Not in Our Name. Against the US Aid to the Massacre in Gaza /
Contra la ayuda de los Estados Unidos a la masacre de Gaza*,
various authors

